

Solemnidad de la Ascensión del Señor C2022

Todas las lecturas de este domingo hablan de la Ascensión de nuestro Señor Jesús al cielo. Describen el acontecimiento de su exaltación y el fin de su existencia terrena, como preludeo del don del Espíritu y de la culminación de su misión en la tierra. Nos invitan a vivir con la seguridad de que donde Jesús ha ido, allí también estaremos nosotros.

La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles describe el contexto histórico de la Ascensión de nuestro Señor al cielo. Destaca las circunstancias de la vida de Jesús, su enseñanza y su resurrección de entre los muertos. También recuerda los acontecimientos de su pasión, muerte, resurrección y la promesa del Espíritu Santo.

Luego, el texto recuerda lo que sucedió en la Ascensión, cómo mientras los discípulos estaban reunidos alrededor del Señor cuando les instruía, fue llevado al cielo ante sus ojos. Finalmente, el texto termina con la aparición de los ángeles que invitan a los discípulos al realismo y les aseguran el regreso de Jesús.

Lo que este texto nos enseña es que por su Ascensión, Jesús está en la gloria de su Padre. Otra idea es la presencia permanente de Jesús en la Iglesia a través del poder del Espíritu Santo. La última idea está relacionada con la segunda venida de Jesús que, aunque ocurrirá en un momento desconocido, nos impulsa a prepararnos para ella todos los días.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy que habla de la Ascensión del Señor. El Evangelio comienza con Jesús hablando a sus discípulos sobre el sentido de su vida, pasión, muerte y resurrección. Luego, habla de la misión dada a los discípulos de predicar a todas las naciones comenzando desde Jerusalén y ser sus testigos. Después de esto, el Evangelio habla de la promesa del Espíritu Santo.

El Evangelio termina con la descripción del acontecimiento de la Ascensión de Jesús al cielo. Finalmente, muestra cómo después de que sucedió, los discípulos regresaron gozosos a Jerusalén y estaban continuamente en el templo alabando a Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablaros de la alegría de la Ascensión. De hecho, el Evangelio afirma que después de la Ascensión de Jesús al cielo, los discípulos “volvieron a Jerusalén con gran alegría y estaban continuamente en el templo alabando a Dios”.

Esto parece un poco paradójico en comparación con nuestra experiencia humana. Cuando perdemos a nuestros seres queridos, por ejemplo en la muerte, nos entristece la idea de que no los volveremos a ver. Los discípulos, por el contrario, se alegran de que Jesús se haya ido. Este gozo es justificable porque la partida de Jesús tenía por objeto prepararles un lugar y enviarles el Espíritu Santo. Donde él esté, allí estarán ellos.

Si donde está Jesús, allí estarán sus discípulos, significa que a pesar de todas las dificultades y momentos difíciles que ahora tenemos, tenemos la certeza de que un día compartiremos el gozo del cielo donde nuestro Señor ya nos ha precedido. Nuestra situación actual con todas sus experiencias de miseria no es nada en comparación con la gloria que nos espera.

Además, aunque Jesús ha ascendido al Padre, no nos deja huérfanos. Su ida al Padre nos beneficia porque le da la oportunidad de enviarnos el Espíritu Santo. Por lo tanto, no estamos solos y nunca estaremos solos. Jesús sigue presente en medio de nosotros por el poder de su Espíritu Santo.

Antes de la Pascua, nuestro Señor solo podía estar en un lugar y hablar con las personas con las que interactuaba; ahora, con la Ascensión, se eliminan todas las limitaciones de tiempo y espacio para que Él esté más cerca de nosotros que nunca por el poder del Espíritu Santo.

Aunque nuestro Señor se sienta ahora a la diestra del Padre en el cielo, nos deja una misión en la tierra. Quiere que seamos sus testigos desde Jerusalén hasta el fin del mundo. Por eso las palabras de los ángeles a los discípulos parecen una especie de reproche de que se han vuelto pasivos. Como dice el Evangelio: “Varones galileos, ¿por qué estáis aquí mirando al cielo”?

Si esto es cierto, entonces, entendemos que nuestro deber en la espera del regreso del Señor es utilizar el Evangelio como elemento de transformación del mundo. Tenemos que hacer del mundo un lugar mejor para las generaciones futuras.

En otras palabras, si el mundo se deja a sí mismo sin fundamentos divinos y objetivos, se hundirá en el subjetivismo y el relativismo donde cada uno toma como verdad su propio pensamiento. Porque no habría más referencia que la idea de uno, cualquiera puede hacer lo que le parezca. El criminal no tendrá remordimiento, los ladrones ningún problema de conciencia, los malhechores ninguna vergüenza. Al final, el mundo se convertirá en un caos, donde el mal no podrá distinguirse del bien.

Nuestra tarea de transformar el mundo, sin embargo, no se basa en razones humanitarias, por hermosas que sean, sino en la petición de Jesús. Por eso tenemos que cambiar las condiciones del mundo actual, en anticipación del Reino de Dios que estamos esperando. Cuanto más transformamos este mundo en fidelidad a Jesús, más damos testimonio al mundo de que le pertenecemos. Al hacerlo, mostramos que nuestra fe en Jesús puede hacer una diferencia en el mundo y en las personas.

Con todo esto en mente, también tenemos que entender que la esencia de nuestra fe no es solo cuidar el alma, sino también el cuerpo. Después de todo, una persona es una unidad del alma y el cuerpo. Hay que cuidar a uno sin descuidar al otro. Tenemos que evangelizar el mundo, las culturas y las personas, anunciándoles la buena nueva de Jesús que puede transformar sus vidas y su mundo.

La fiesta de la Ascensión nos recuerda que, como iglesia, hemos recibido de Jesús la misión de convertirnos en su boca y en sus manos. En esta misión no estamos solos, porque su Espíritu está con nosotros en medio de los sufrimientos que aceptamos en su nombre.

La fiesta de la Ascensión nos recuerda también que cada uno de nosotros ha recibido una misión particular como madre o padre, esposo o esposa, religioso o sacerdote, catequista o ministro de la Iglesia. Tenemos que cumplir esta misión de acuerdo a la voluntad de Dios. ¡Pidamos al Señor que bendiga nuestra misión! ¡Que bendiga el esfuerzo de evangelización realizado por tantos misioneros en todo el mundo! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 1: 1-11; Hebreos 9: 24-28; 10: 19-23; Lucas 24: 46-53



Fecha de la Homilía: el 29 de Mayo, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220529 homilia.pdf